

Un pueblo sin letras

Tu afición a la escritura te puede matar

Un pueblo sin letras

Tu afición a la escritura te puede matar

Alez Delayer

Autor: Alez Delayer

Título original: Un pueblo sin letras

Diseño de portada: Alez Delayer

Editorial: Mibestseller.es

Corrección: Laura Martínez González

«Los signos de puntuación: La guía definitiva»

© 2022 Alez Delayer

Gracias por comprar una edición original de este libro y respetar las leyes de *copyright* al no reproducir, escanear o distribuir esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que se sigan publicando buenos libros.

ISBN: 9789403671390

Agradecimientos:

A ti. Por darme la oportunidad
entre todo un océano de títulos
y leerme.

Un pueblo sin letras

—¿Me echas un poco más de café? Y disculpa, esa chica que aparece en las fotografías, ¿eres tú, verdad?

La camarera se detuvo frente a él.

—Sí, soy yo —respondió dejando escapar una tímida sonrisa.

Varios retratos de la joven donde sujetaba un galardón entre sus manos adornaban las paredes del restaurante, que a esas tempranas horas se encontraba sirviendo desayunos.

El olor a café recién hecho y a la grasa quemada de la carne pasada por la plancha impregnaban el comedor.

—¿A qué se deben esos premios? —preguntó Owen con los ojos entrecerrados, realizando un esfuerzo por enfocar.

—Soy escritora —respondió mientras rellenaba la taza de café.

—¿Ah, sí?, debes ser muy buena porque... ¿Cuántos hay?, ¿seis premios? Yo soy periodista, escribo sobre noticias, pero hace muchos años también me dio por escribir cuentos, relatos y alguna novela.

El pulso de la joven tambaleó derramando el café hirviendo sobre la mano de Owen que sujetaba la taza.

—¡¡Ah!! —se quejó dejándola caer sobre la mesa.

—¡Lo siento mucho!, disculpe.

—Tranquila..., no pasa nada.

—Voy a por un paño con agua fría —dijo alejándose con rapidez.

Owen recogió el mantel de papel para que no goteara al suelo y, levantándose, se dirigió a los retratos que habían llamado su atención.

—Primer premio a la novela *Sueños truncados*, presentada por Angie Castel, año 2020 —leyó en voz baja—. Primer premio a la novela *En el corazón del colibrí*, presentada por Angie Castel, año 2019.

Fue observando uno por uno hasta que la joven apareció tras él.

—Tome, colóqueselo en la mano, le calmará el dolor.

—¡Gracias! Es increíble..., debes tener mucho talento, me gustaría leer algo tuyo. Angie Castel, ¿verdad?

—Sí. Si viene mañana por aquí, le puedo tener mi última novela.

—Me encantaría.

—¿Está de paso por el pueblo?

—Me acabo de mudar, llegué ayer por la tarde y me estoy instalando. Traigo conmigo el

cansancio acumulado del viaje y un número infinito de cajas embaladas.

La joven, que lo miraba atenta, insinuó:

—Es curioso, no es habitual que alguien elija el pequeño pueblo de Piedras Muertas para vivir.

—¡Pues aquí estoy! Necesitaba un cambio radical en mi vida, me estaba empezando a consumir en la gran ciudad, ¿sabes? Las prisas, las tensiones y, sobre todo, la competitividad que había en el periódico entre compañeros iban haciendo mella en mí.

—¿En qué periódico trabajaba?

—En el New York Times, en la sección de noticias locales, más concretamente la de crímenes. Pasaba el día recorriendo la ciudad con agentes de policía contemplando todo tipo de barbaridades. Cuando entré y era joven, podía seguir ese ritmo de trabajo sin ningún problema, pero ahora, casi rozando los cincuenta y cinco, creo que he llegado al límite de mi capacidad. Prefiero bajar un par de marchas y dar prioridad a mi paz mental. ¡Bueno! —exclamó dando una palmada—, no te quiero aburrir, ¿cuánto es el desayuno?

—Son 6,75 dólares.

—Toma y quédate con el cambio. Mañana me paso, y tráeme tu novela, me has creado bastante curiosidad, Angie.

El recién llegado

Owen era un tipo delgado, rubio, que vestía informal pero elegante, se notaba que provenía de fuera y que estaba muy lejos de lo que había sido su hábitat.

Caminó por las tranquilas calles de Piedras Muertas, un pequeño pueblo minero situado al sur de Arizona, muy próximo a la frontera con México, donde el calor seco y punzante formaba parte de su endiablado atractivo, y al que Owen sabía que debía terminar aclimatándose o acabarían siendo verdaderos enemigos.

Lo que no contó a la joven camarera era que no solo la presión de su trabajo había influido en la decisión de abandonar la gran ciudad, sino también el sorpresivo y amargo divorcio que sufrió por parte de la mujer con la que había compartido gran parte de su vida. Las intensivas jornadas de trabajo y los pocos encuentros en común llevaron a la que un día fue una idílica relación a la fosa más profunda del olvido.

No tenía hijos, y descubrió, al parar en seco, que tampoco contaba con amigos, tan solo con la amistad superficial de algún compañero con el que compartía una copa al final del día.

No pudo evitar recordar aquello que una vez le sugirió un colega mexicano: «Los latinos trabajamos para vivir; ustedes, los americanos, viven para trabajar».

Necesitando un cambio, dedicó unas pocas semanas a localizar un lugar donde instalarse. Dio por casualidad con Piedras Muertas al encontrar un viejo artículo que había escrito sobre la industria de la minería en el país, un lugar alejado con una población de apenas seis mil habitantes. Allí, el ritmo de vida era pausado y el precio de las viviendas sumamente barato. Esto le ayudaría a poder afincarse con calma, sin verse excesivamente agobiado por el tema económico.

Casas color madera, residentes que paseaban en finas camisas vaqueras con elegantes sombreros y vehículos *pick-up* eran la estampa de sus calles.

—Tengo que comenzar a vestir como los de aquí —se dijo al observar a una anciana pareja que cruzaba frente a él, pues el hombre vestía con un clásico atuendo de rancho, mientras él caminaba desentonando con sus elegantes mocasines, su pantalón de pinza y su camisa de vestir.

No tuvo que avanzar mucho más cuando se encontró frente a una tienda en la que se

mostraba un viejo maniquí ataviado con ropa del lugar.

Owen se paró frente a él y decidió entrar.

Al abrir la puerta, unos cencerros oxidados colgados del techo advirtieron su presencia; en el interior, una mujer de largo pelo negro que mascaba chicle apoyada sobre el mostrador y ojeaba una revista lo miró con desgana.

—Muy buenos días —saludó Owen.

—Hola.

—Me gustaría comprar ropa que me haga parecer del pueblo: vaqueros, botas, camisa y un bonito sombrero.

La dependienta, que lo oía con indiferencia, levantó las cejas observando cómo un tipo de fuera quería vestir como alguien del lugar, y cerrando la revista de un golpe seco, se dirigió a él.

—¿Qué talla de pantalón usa?

—La 44 y de camisa la L.

—Aquí tiene los pantalones, en aquella fila de allí, las camisas, y el resto ya lo puede ver... En la ropa aparece el precio, y en ese rincón, tras la cortina, tiene el probador —sugirió volviendo detrás del mostrador desde donde echó un furtivo vistazo a Owen.

Comprobando las pocas ganas que mostraba aquella señora, comenzó a buscar entre los

pantalones y sacó unos vaqueros claros. Se dirigió al lugar de las camisas, donde una marrón llamó su atención. También se hizo con un sombrero blanco y unas botas de suave piel, y con todo, fue hacia el probador. Una vez se vistió, quedó impresionado por el aire tan masculino que irradiaba.

Cargado con su antigua ropa bajo el brazo, se dirigió a pagar.

—Me lo llevo todo puesto, ¿tendrías una bolsa donde guardarla? —preguntó colocándola sobre el mostrador.

La dependienta, sin decir una palabra, se giró y sacó una bolsa arrugada que pertenecía al supermercado, la sacudió, dejando caer al suelo pequeños restos de comida y, tomando la ropa sin ninguna delicadeza, la metió en ella.

Calculadora en mano y observándolo, indicó:

—Son 247 dólares.

—¿Te puedo pagar con tarjeta?

—Efectivo.

—Lo imaginaba —respondió buscando la billetera—. ¿Crees que así parezco uno más de Piedras Muertas?

Aquella mujer lo miró con gesto corrosivo y respondió:

—¡Ni de lejos!

—¿Que no? —preguntó mirándose de arriba abajo—. ¿Y en qué me lo notas?

—Su rostro..., no muestra sofoco ni agotamiento. La vida aquí es tremendamente dura... La minería, la ganadería, el calor. Usted no lleva el peso de esa vida sobre sus hombros. Tras oír aquellas palabras, Owen sacó el efectivo y abandonó la tienda.

«El peso de esa vida sobre sus hombros», repitió en su cabeza.

De pie, en la puerta, observó la calle. La gente paseaba despacio, casi sin hablar; el tráfico, igualmente lento. Era como si todo el mundo intentara gastar la menor energía posible para evitar fatigarse bajo aquel sol, que a esas tempranas horas ya comenzaba a dar muestras de sus endiabladas intenciones.

La visión de una salamandra que abandonaba la ardiente pared y desaparecía entre las grietas le hizo considerar hacer lo mismo: abandonar las calles, dirigirse a su casa y continuar ordenando con tranquilidad las cajas de la mudanza.

Un pequeño quiosco de prensa llamó su atención, caminó hacia él con la idea de adquirir algún periódico que en la tarde le ofreciera un poco de descanso físico.

—Buenos días, caballero —saludó.